

El curioso caso de Stephen McFarland

Se nota una transformación en la forma cómo, sin distanciarse de los “dueños del país”, aprende a acercarse a los guatemaltecos de a pie.

Por: Gustavo Berganza

Cuando Stephen McFarland arribó al país el 8 de agosto del año pasado, para asumir la representación diplomática de Estados Unidos, no se percibía mayor entusiasmo nada más que en los exclusivos cenáculos en que se reúne el llamado G-8.

En efecto, McFarland llegaba en un momento muy bajo para las relaciones de su país con el resto del mundo, llevadas a un grado de crispación inédito por George W. Bush. Entre quienes serían sus colegas del cuerpo diplomático había una actitud reticente hacia él, debido, además, a su cercanía con el grupo Gutiérrez. A esto contribuían las memorias y anécdotas de la apoteósica despedida que Dionisio Gutiérrez le dio a McFarland en 2003, cuando este culminó su mandato como Ministro Consejero. En esa ocasión el poderoso empresario hizo traer a alcaldes de diversos municipios para que en esa fiesta lo declararan amigo predilecto de sus comunidades.

McFarland generaba también desconfianza entre grupos de defensa de derechos humanos, que resentían su falta de pasión por ese tema y el de la impunidad. Eso sí, él ya había expresado su preocupación por la creciente presencia de las mafias y su vinculación con el Estado, y gracias a él se le había cancelado la visa al general Manuel Callejas y Callejas y al mayor Napoleón Rojas Méndez, entre otros amigos de Alfonso Portillo.

Ya como embajador, McFarland tomó distancia de sus colegas europeos y del sistema de Naciones Unidas. Sin embargo, las diferencias que existían en temas como la impunidad, la defensa de los derechos humanos y la lucha contra el crimen organizado fueron disminuyendo paulatinamente. Luego de que el Organismo Judicial y el propio Ministerio Público conspiraran exitosamente para cuartear el caso presentado por la CICIG contra Álvaro Matus, McFarland se apresuró a expresar su apoyo a esta entidad. Más adelante, el 9 de marzo, en una entrevista a Prensa Libre el embajador dejó clara su postura: “El problema medular (en Guatemala) es la impunidad”.

En otros temas, los consejeros de McFarland han sido muy hábiles para aprovechar la Obamanía, –ese fenómeno de masas que tiñe de buena voluntad la opinión pública hacia EE.UU. y lograr que el embajador se beneficie de ella. Para muestra, dos botones. Los familiares de Anthony Josué Rosales, el bebé de dos meses que murió luego de ser atacado a balazos el bus en que viajaba, agradecieron la visita y condolencias que les expresó McFarland. Y luego, el pasado viernes, los estudiantes de la Usac, un reducto del antiyankismo, lo saludaron cuando McFarland asistió a presenciar la Huelga de Dolores.

Se nota pues una transformación en la forma como McFarland, sin necesariamente distanciarse de “los dueños del país”, aprende a acercarse a los guatemaltecos de a pie y a sus problemas. Que no son, obviamente, los mismos que preocupan a los grandes empresarios. Y luego, en la relación tan fluida y con muchas coincidencias que

mantiene con sus colegas diplomáticos. En esto radica el curioso caso de Stephen McFarland.